

sultado de esta recomendación, ya por su propio carácter, se trabajó en ella sin interrupción, aún los domingos y días de fiesta.

Estaban construyéndose entonces, como se ha dicho, tres bóvedas y la torre, más adelantada ésta que aquellas. Pensó el Virrey, y con razón, que antes de cerrarla convendría meter dentro de ella, por lo menos, las campanas grandes, sin perjuicio de meterlas todas, si era posible. Ocho tenía la catedral antigua, que se habían conservado en su campanario para servicio de la iglesia nueva. Eran pocas: veinte campaniles tiene el primer cuerpo de la torre que se hacía y una más se había de suspender en el centro; el Virrey, que no quería perder un momento, no se detuvo en fundir las que faltaban, é impuesto de que en pueblos y conventos se hallaban algunas de sonoras voces, dió orden de que se trajeran.

Para aprovechar las ocho que estaban aquí, dos operaciones, ó más bien dicho tres, eran indispensables: la primera bajarlas del campanario, la otra llevarlas hasta el pie de la torre nueva y la última subirlas para colocarlas en su lugar. El Duque, á quien no se ocultaba la dificultad de este trabajo, obra de ingeniería, convocó maestros del arte, que propusieran los medios de ejecutarle. Cinco proyectos se le presentaron, cuyos autores fueron: el P. Fr. Diego Rodríguez, mercedario; un señor Murillo; el capitán Navarro; un hombre de nación romano y Melchor Pérez, maestro mayor de la catedral. Vistos los modelos, pareció mejor el del religioso, y desde luego comenzaron á hacerse los aparatos necesarios para el efecto, en lo cual se emplearon 24 días, corridos desde primero de Marzo, en que se comenzó á trabajar, hasta el martes 24, á las cuatro de la tarde, en que se bajó la campana, que entonces servía de mayor, llamada Doña María, que pesa 440 quintales. El día siguiente, 25, se la pasó hasta muy cerca del campanario nuevo; el día 26 bajaron la otra mediana, con que se tocaba la queda y se juntó á la anterior; en viernes y sábado se bajaron y trasladaron las otras seis, la última una algo grande, á la cual, por su manera de sonar, se apellidó la *ronca*. A lo más importante y peligroso de estas operaciones se halló presente el Virrey, y con más razón lo estuvo el día siguiente, 29 de Marzo y Domingo de Ramos, en que, después de los oficios, se subió la campana mayor. Este día y á esta hora, el Duque de Albuquerque fué á la torre acompañado de los cabildos secular y eclesiástico y de otras personas, y al comenzarse el movimiento de la campana, comenzó á hacerse rogativa en todas las iglesias, y no bajó el Virrey de la torre hasta no verla colocada en el sitio que había de ocupar. El mismo domingo en la tarde se subió la campana de la queda y el lunes 30 las restantes, de suerte que á la oración de la noche, se tocaron todas.

El día 3 de Junio del mismo año, víspera de Corpus, llegaron los

indios de Jiquipilco, con su vicario, trayendo una campana de su pueblo para la catedral; el gasto de la conducción se hizo por cuenta de la fábrica, y á ellos se les dió para su iglesia un ornamento de lama blanca, compuesto de casulla, dalmáticas y capa, no despreciable, puesto que servía el día de Corpus en la iglesia. Aunque la llegada de los indios fué algo tarde, pudo subirse la campana inmediatamente y se estrenó en la noche, tocándose con ella la queda. El día 5 del siguiente mes, los naturales del pueblo de Hueyápan, doctrina de los religiosos dominicos, llegaron con una campana grande, que trajeron en un carro tirado por bueyes. Esta campana se pagó á dinero, costando ella y su conducción \$900. El mismo día, á las tres de la tarde, la subieron, quedó colocada y se estrenó, como la anterior, con el toque de la queda, y al siguiente día, domingo, sirvió para el de coro. El Virrey, que deseaba apresurar la obra, dió orden de buscar otras tres campanas pequeñas, que se colocaron el viernes 24 del mismo mes, y asistió al repique que con ellas se hizo á las 12. Cinco campanas más se trajeron de distintos pueblos el mes de Noviembre del mismo año: la una vino de Ayacapistla, doctrina de los agustinos, el día primero del mes, y aunque los naturales del pueblo pedían por ella el excesivo precio de \$6,000, se les dieron sólo 600. La segunda, traída de Ozumba, doctrina de los franciscanos, llegó el día 7, é inmediatamente fué subida al campanario; el día 12 llegó la tercera, que era de Atzcapotzalco, doctrina de los dominicos. Esta campana es grande, por lo cual el Virrey presenció el acto de subirla, que fué el mismo día. Las dos restantes llegaron el mismo día 12: la una de Tlalnepantla, doctrina de los franciscanos, y la otra de Tlayacapa, doctrina de los agustinos, el Virrey estuvo presente á verlas subir inmediatamente; mas como la última estaba rajada, se volvió á bajar y los agustinos la llevaron á su convento para fundirla de nuevo. Los cronistas que recogieron y nos legaron estas noticias no siempre pusieron el costo de todas y cada una de las campanas, por eso no le ponemos nosotros; pero sí fueron pagadas todas de la fábrica.

El tiempo corría igual para la torre que para las bóvedas: en este intermedio se terminaron los arcos todos que quedaron pendientes desde el gobierno del Conde de Alba de Aliste, y el toral, que fué el último, se cerró en presencia del Duque de Albuquerque el día 24 de Julio de 1654 á las 3 de la tarde; las bóvedas que habían venido avanzando, se concluyeron cuatro meses después: el domingo 29 de Noviembre siguiente, en la tarde, siempre á la vista del Virrey, se cerró la postrera, que es la inmediata al cimborrio; suceso para él plausible, que solemnizó distribuyendo doscientos pesos de su peculio entre los albañiles. Con esto fué ya excusado el artesón que se había

puesto el año 45, y se quitó del todo, quedando la iglesia perfecta desde el altar de los Reyes hasta el crucero.

Coincidió con este acontecimiento otro no menos grato para el Virrey, y fué que al día siguiente, terminados los campaniles de la torre, comenzó á hacerse su bóveda, á cuya construcción aplicó algunos de los operarios que quedaron de vacío por la conclusión de la del templo, diligencia con la cual logró ver terminada la de la torre el día 18 de Diciembre. No podía faltar el Virrey al momento de poner la última piedra, y acudió llevando una cajita de plomo con varias reliquias que, metida dentro de otra de piedra, se colocó en el medio, al pie de una cruz. Entretanto se cubría con mezcla la caja de piedra y se ponía la cruz, se estuvieron repicando las campanas. En esta ocasión, igualmente que cuando se cerraron las bóvedas de la iglesia, distribuyó el Duque doscientos pesos entre los operarios, por mano de D. Fernando Altamirano. Quedaron por hacer en la torre varias cosas: una de ellas los corredores, á cuya construcción se procedió en seguida.

Procedióse igualmente sin demora á levantar por ambas partes los extremos del crucero desde la primera imposta, siguiendo sobre ella el primer orden de ventanas, y asentando sobre la segunda los macizos con las ventanas circulares que tienen en sus medios. Se hicieron entonces los arcos áticos que hay en los cañones de las puertas de los costados del templo, y los tres arcos torales que faltaban para formar el cuadro del cimborrio. Hecho esto se fueron levantando las cuatro bóvedas que forman el crucero, bóvedas también mayores, iguales en ancho y altura á las de la nave central. Antes de comenzar las bóvedas del crucero, se hicieron, como lo exige el arte, dos de las naves procesionales, las más inmediatas á él, una por cada lado, donde apoyaran aquellas. Todo esto se fué haciendo en el tiempo que discurrió desde fines del año 54 hasta el 60, que quedó perfeccionado el crucero.

Entretanto se hacían otras cosas también: en los primeros meses del año 55 se daba la última mano al primer cuerpo de la torre, poniéndole la balaustrada que la rodea, con sus pedestales en las esquinas, dejándola enteramente concluída el sábado de Ramos, que fué á 20 de Marzo. Después se colocaron en ella cuatro campanas más, que sucesivamente fueron llegando. Con fecha 7 de Mayo de 1655, avisó el Virrey á España la clausura de las tres bóvedas, que había subido á la torre *veintiuna* campanas y que tenía preparadas las piedras para el presbiterio, que comenzaría á hacerse pronto. Se le contestó en 25 de Noviembre del mismo año, mostrándose tan satisfecho D. Felipe IV, que añadía en su carta que *en otros gobiernos no*

se había puesto una sola piedra; expresión que, aunque tenía mucho de hiperbólico, debió ser por extremo lisonjera para aquel á quien se dirigía.¹

El año 55 fué notable en la historia de la fábrica de esta iglesia: año en que se hicieron diversas mutaciones y cambios, que abrieron una era de tranquilidad que se disfrutó después. Concluídos los arcos torales, se comenzó, el lunes 26 de Abril, á subir la madera para armar la techumbre del cimborrio sobre el coro provisional que había; mas para trabajar con presteza y libertad, sin molestar demasiado ni á los canónigos ni al público, dispuso el Virrey que se quitaran de allí el coro y altar provisionales, para hacerlos también en el sitio donde para siempre habían de quedar. Con este propósito mandó á los curas que mudaran el sagrario á donde era el bautisterio, y á los canónigos que vinieran á ocupar con el altar y el coro la capilla que entonces estaba sirviendo de sagrario, que es, como hemos dicho, la primera del lado de Oriente, entrando por la puerta de la derecha de la fachada principal; mudanzas que se efectuaron sucesivamente, esta última el viernes 4 de Junio, día en que comenzaron á desbaratarse el altar y el coro. Cuantas fueron la previsión y eficacia del Virrey en este tiempo, apenas puede concebirse: con anterioridad tenía ya labrada mucha piedra para las gradas del frente del coro y del ruedo del altar mayor, é igualmente tenía mandada hacer la baranda de hierro que había de rodear éste por tres lados, cada lado con su puerta de dos hojas; en lo que más se adelantó fué en la obra de carpintería: casi desde el principio del año contrató las dos grandes puertas que vemos en la calle de las Escalerillas, las dos puertas laterales del coro, la reja de tapincerán que le cerraba por delante, los balaustres de igual madera torneados, con los cuales habían de formarse las barandas todas y la madera labrada para el piso del coro. El 22 de Noviembre, cuando tuvo ya muy adelantadas sus prevenciones y la obra misma, conociendo que los muchos operarios que debían trabajar al mismo tiempo y la multitud de objetos que eran materia de su trabajo requerían grande espacio, y habían de molestar á la gente que concurría á los divinos oficios, sobre todo, á la mucha que se reunía siempre delante de los altares del Perdón y San Bartolomé, obligó á los ca-

¹ Si el lector es curioso y recorre el Diario de Guijo advertirá que este señor dos veces yerra la cuenta de las campanas subidas á la torre de la catedral y á la postre saca 23; igualmente equivocó el nombre de algunos pueblos de donde se trajeron, y por último, las fechas, pues dice que el día 9 de Mayo de 1655, se trajo una campana que fué subida el día 10, mientras que la carta que escribió el Duque tiene fecha 7 del mismo mes y año. La noticia de esta carta y de su contenido, se halla en la contestación á ella, que fué en Noviembre del mismo año y se ve en el tomo del Cedulaario General de la Nación. El Sr. Sarifana, por su parte, asienta que las campanas fueron 20.

nónigos á que le desocuparan las capillas, á que antes los había mudado y á que quitasen los altares dichos, á fin de que la iglesia quedara completamente desembarazada. Los canónigos obedecieron refugiándose á la sacristía en donde primitivamente estuvieron y desarmando los altares; mas para no privar á los fieles de las gracias que en ellos alcanzaban, la mitra las concedió temporalmente á dos altares de la iglesia del Espíritu Santo, á donde acudía la concurrencia.

El día veinticuatro del mismo mes quedó el templo enteramente libre y en manos del Duque de Albuquerque; entonces fué cuando este señor desplegó toda su actividad: mandó las dos puertas nuevas que habían de colocarse en las que salen á espaldas de la catedral; las dos del coro, la madera para el piso de éste, los balaustres para formar las barandas y la gran reja que le cierra por delante; en suma, cuantos materiales tenía aglomerados y dispuestos, y más de 120 hombres, que diariamente habían de trabajar en averirlos, colocarlos en su lugar y darles la última mano. Cuidó el Virrey al celebrar las contratas respectivas, de que las cosas contratadas estuvieran cada una terminada en su oportunidad, y todas para fines de Enero del año 1656. No hay para qué decir, supuesta su previsión, que tenía mandadas hacer 16 sillas más que se necesitaban para este coro, por ser más amplio que el de la catedral antigua; ni tampoco que al poner de nuevo los objetos que estaban ya en uso, los mandó limpiar y retocar como si se estrenaran entonces; así fué que las sillas antiguas del coro se apretaron, tallaron y barnizaron nuevamente, y lo mismo se hizo con los tres púlpitos.

Otra cosa hizo el Virrey el día 29 de Noviembre, que sirvió como de preparación á todo lo dicho, y fué quitar ese día las cimbras de las tres bóvedas mayores, que se acabaron en su tiempo y que por precaución se dejaron puestas un año y ocho días. Ningún peligro acompañaba esta operación: él mismo quiso presenciarla, como presenciaba las de alguna importancia, y más por piedad que por algún temor, ordenó que en el altar de Nuestra Señora de la Antigua se cantara una misa solemne y letanía, á que asistió; y que al comenzar la misa se empezara á echar abajo la madera de las cimbras, y que en todo este tiempo se tocara rogativa. Concluida la misa, visitó toda la iglesia por sí mismo y la entregó en seguida á la muchedumbre de obreros que habían de transformarla.

Desde el año 1626 se celebraba ese día todos los años por mandato real, en la iglesia metropolitana, una fiesta al Señor Sacramentado;¹

¹ En la parte de este escrito, en donde damos noticia de las fiestas que se celebran en la catedral, se encuentran las relativas á ésta. Aquí tenemos que rectificar lo que dice Guijo en sus Noticias, en orden á este suceso: él da por origen de la fiesta un triunfo alcanzado por las armas reales en el mar, y no

en esta vez no pudo hacerse allí y fué el Virrey á celebrarla á San Francisco; concluida, pidió á los religiosos que tocaran una rogativa por el buen suceso alcanzado en las tres bóvedas que se descubrieron en la catedral. En la tarde estuvo la virreina en la iglesia de los franciscanos á oír la letanía que la capilla de la metropolitana había cantado por la mañana en la función dedicada á Nuestra Señora la Antigua, á la cual ella no asistió.

El resultado correspondió á los deseos del Virrey y á sus afanes: poco después de mediar el mes de Enero del año 1656, estuvo terminado lo que él se había propuesto y el templo había recibido una transformación completa: las dos puertas nuevas quedaron colocadas en las que salen á la calle de las Escalerillas; las que allí había, que eran dos de las tres de la catedral vieja, con la tercera, se pusieron provisionalmente en los tres claros de la fachada principal, que entonces comenzó á levantarse, pues un muro antiguo, que el Duque mandó derribar, había estado sirviendo de resguardo al templo por ese lado. En el interior, se concluyó el coro, cuya descripción hacemos con la general del templo, pues el estado en que se halla es el mismo que tuvo desde que se hizo, con las pequeñas diferencias que en su lugar marcaremos. Tras él se puso el altar del Perdón en el sitio que ocupa, sin el adorno de madera dorada, que se le añadió después. El altar de San Bartolomé se armó provisionalmente en el hueco de la capilla de la Concepción; el presbiterio quedó cual hoy se encuentra, salvo que la baranda que le rodea era de hierro de Vizcaya, y que el altar mayor estaba reducido al banco ó zócalo que había de soportar el tabernáculo y sus adornos, y en donde para el estreno y servicio posterior de la iglesia se colocó un tabernáculo provisional en el centro de las cuatro aras, que desde entonces quedaron hechas. Buena parte de la iglesia pudo enlosarse en este tiempo, el resto no; las paredes todas quedaron aplanadas y blanqueadas, de manera que puede decirse que de los capiteles de las columnas para abajo, el templo estuvo concluido; mas no de los capiteles para arriba, pues el cimborrio y muchas bóvedas quedaban por hacer. No era el carácter del Duque para detenerse por ello, y como su fin principal fué entregar al uso público toda la capacidad del templo, librándole para siem-

se hacía sino por haber llegado felizmente á las costas de España una flota que se creía perdida, como adelante diremos; la fiesta se celebraba el día 29 de Noviembre, que ese año cayó en lunes; por consiguiente, habiendo ido el Virrey á celebrarla á San Francisco, después de haber quitado las cimbras y entregado la iglesia á los trabajadores, comenzó la obra con la semana, el lunes 29 de Noviembre y no el 24; lo que este día se hizo fué trasladar á la iglesia del Espíritu Santo, los altares del Perdón y de San Bartolomé, y el mismo Guijo lo dice pocas líneas antes.

pre de estrecheces, mudanzas y molestias ulteriores, á este fin subordinó los medios: dijimos ya que el lunes 26 de Abril de 1655 comenzó á subirse la madera para cubrir el hueco del cimborrio, y se cubrió, en efecto, de tijera y con fortaleza tal, que permitiera trabajar todo el cimborrio y linterna apoyando sobre esa cubierta las cimbras de la cúpula y los andamios. Púsose, asimismo, un entablamento á techo tendido en lo restante de la iglesia con firmeza igual, de suerte que sin ningún peligro para los fieles pudiesen sobre él construirse las bóvedas restantes.

En este estado creyó el Virrey que debía hacerse la solemne dedicación del templo, y fijó para hacerla el día 2 de Febrero del año siguiente, y dió las disposiciones consiguientes así en la catedral como fuera de ella: en la catedral comunicó su resolución al cabildo, para que por su parte se preparara lo necesario para la solemnidad, y él mandó aser la iglesia para entregársela. Al efecto, pidió á la parcialidad de San Juan que el lunes 17 de Enero enviase 200 indios de su jurisdicción con sus palas y huacales para que sacaran la tierra, madera y demás escombros, barrieran y regaran la iglesia. Vinieron el día dicho con los ministros de la parcialidad y el religioso franciscano Fr. Pedro Camacho Temastián, para dirigir la operación y darles prisa. Tres días emplearon en este trabajo y los jornales los pagó el Virrey de su caudal; el jueves 20 estuvo la iglesia toda limpia, excepto el presbiterio, cuyo aseo se reservó el Virrey para hacerle él mismo.

El domingo 30, á las 5 de la tarde, reunió al Deán y Cabildo en el templo, y él fué con su esposa, su hija y sus criados y, á puerta cerrada, en breve razonamiento, les dió á entender los vivísimos deseos que había tenido siempre de ver aquella obra terminada; el placer que disfrutaba al poder entregársela en estado de servir ya perpetuamente sin las inquietudes pasadas; ponderando, por último, el grande amor que había cobrado á nuestra catedral, presentando por testigos de tal afirmación su asistencia diaria á la obra, la vigilancia no interrumpida que sobre ella ejercía y aún los dispendios que en su obsequio llevaba hechos; concluyendo por poner, en nombre del Rey, en manos del Deán las llaves del templo para que usara de él, y le cuidara como cosa propia. En el acto de entregar las llaves el Virrey, se soltó un repique á vuelo. Inmediatamente después se dirigió al presbiterio: en llegando se hincó y besó el primer peldaño, subió con la virreina y la niña, se quitó la capa y la espada, ellas cubrieron sus tocados con unos lienzos y los tres le barrieron con sus propias manos, sacudieron los altares y barandas, y recogida que fué la basura, sacudiéndose el polvo, salieron de la iglesia y entraron en su coche para ir á Palacio á lavarse y asearse.

Fuera de la catedral consistieron las prevenciones en publicar un

bando desde fines de Enero, haciendo saber á los habitantes de la ciudad la resolución tomada por el Virrey, señalando las calles por donde pasaría la procesión, prohibiendo, desde el día 30 de Enero, el tránsito de coches y caballos por esa carrera, con objeto de dar tiempo y comodidad á las religiones para que pusieran sus altares en los puntos que, con 15 días de anticipación, se les designaron. Once fueron éstos, distribuidos de la siguiente manera: á los Alcaldes de Corte tocó poner su altar en la bocacalle del Arzobispado; á los PP. de la Merced en la de Santa Teresa; á los de San Agustín, en la de Montealegre; á las monjas Catalinas, en la de San Ildefonso, al pie de su torre; á las de la Encarnación, en la puerta de su iglesia; á los PP. Dominicos en la esquina de su plazuela; á los de San Diego, en la de la calle de los Donceles; á los de la Compañía de Jesús, en la boca de la calle de Tacuba; á los Carmelitas, en el Empedradillo, frente á la puerta del costado de la catedral; á los de San Francisco, en el mismo Empedradillo, algo más adelante, en el extremo de la línea recta que viene de la fachada del templo, por cuya puerta central había de entrar la procesión; y, por último, los hermanos de San Juan de Dios, pusieron el suyo en la línea del anterior, en el cementerio de la iglesia.

Todos estos altares fueron hermosos y ricos: comenzaron á ponerlos desde que supieron que debían hacerlo, si bien con alguna lentitud, limitándose á los tablados y armazones, reservándose para adornarlos con los objetos delicados y ricos en los tres días últimos, en los cuales podían obrar con libertad y seguridad. Presidía en cada altar el santo patrono de la corporación que le puso, expresando algún pensamiento especial.

Desde el 31 de Enero, que se impidió el paso á bestias y carruajes dentro del cuadro de la procesión, se formó allí un paseo; mas para disfrutarle, los Canónigos, los Oidores y el Virrey mismo, tenían que recorrerle á pie. El propio día se anunció al público que la dedicación del templo se haría el primero de Febrero, en la tarde, con una solemne procesión que saldría á las tres. La iglesia se conservó cerrada; desde las dos comenzaron á reunirse las religiones con sus cruces y ciriales; las hermandades, cofradías y archicofradías, con sus estandartes é insignias; y las demás personas y convidados, todos en el patio llamado de la obra, que es el espacio comprendido entre la puerta del lado de Oriente de la catedral y la reja de hierro que corre en línea recta del sagrario, espacio que ahora conocemos por patio de los Canónigos.

Formaron la procesión primeramente las cofradías, por orden de antigüedad; después las religiones de San Juan de Dios, de San Hipólito, de la Compañía de Jesús, de la Merced, el Carmen, San Agus-

tin, San Francisco, San Diego y Santo Domingo; luego la clerecía, en que iban, acaso, más de 800 clérigos, presidida por la cruz de la catedral, cerca de la cual ocupaba su lugar de costumbre la archiconfradía del Santísimo Sacramento. Encomendó el Cabildo á los congregantes de San Pedro que se pusieran estolas encarnadas sobre las sobrepellices y que llevarsen en hombros la imagen de su patrono y la de la Asunción, titular de la catedral, y así lo hicieron. Tras de estas imágenes seguía el Cabildo de la iglesia é interpolados entre sus miembros, treinta caballeros de órdenes militares, quienes por real cédula podían ocupar estos lugares cuando concurrían con manto á actos como éste. Después iba el Santísimo Sacramento en manos del Deán, Dr. D. Alonso de Cuevas Dávalos, y seguían la Universidad, el Ayuntamiento con sus Alcaldes y Corregidor, los Tribunales reales y, finalmente, el Virrey con sus criados; todos los concurrentes ataviados á más y mejor. Llenas estaban de gente las calles y la plaza, llenos los balcones y llenas las azoteas; la virreina, su hija, y las familias de los Oidores, ocupaban los balcones del Palacio, y en el principal, adornado con una rica colgadura, bajo un baldaquín de brocado, había un retrato de D. Felipe IV. La Ciudad vistió cuatro costosas danzas y gigantes, que acompañaron la procesión y anduvieron en calles y plazas los siguientes días.

Largas tres horas tardó la procesión en andar todo su camino, y en este tiempo permaneció cerrada la iglesia; pero se abrieron simultáneamente sus siete puertas cuando llegó el Deán con la custodia á la principal de ellas, que es la del centro de las tres que miran á la plaza, por la cual entró con todo el acompañamiento. Colocado el Sacramento en el altar, se hizo el depósito con la solemnidad que el caso requería. La función concluyó casi á las 7 de la noche. Después de ella se quemaron castillos de fuego, que se pusieron lejos, tras de los altares; esa noche y las nueve siguientes, estuvieron iluminadas las bóvedas de la catedral y su torre, muchísimos de los vecinos de la ciudad adornaron é iluminaron el frente de sus casas.

Amaneció el día 2, de gran júbilo para la ciudad: iba á estrenarse su catedral, cosa por largo tiempo deseada y de gran necesidad; desde bien temprano acudió el público ávido de contemplarla y la encontró abierta por todas sus puertas; sin embargo, ninguna misa se celebró ese día en ella. A las diez de la mañana llegó el Virrey á pie acompañado de la Audiencia, de los Tribunales y de la Ciudad, por ser día de tabla, á los cuales se agregaron, por la especial solemnidad del día, la Universidad y otras personas, y por la misma causa se varió el ceremonial acostumbrado, en esta forma: en la puerta mayor de la catedral se puso un sitial en donde el Deán, con cruz alta y ciriales, esperó á la comitiva, que fué recibida con repique á vuelo; al

entrar de ella entonó el coro el *Te Deum laudamus*; llegado el Virrey á la cruzía, sin admitir tapete ni cojín, se hincó delante del presbiterio y de rodillas oyó lo que faltaba del himno y la oración final, luego que concluyó el coro se postró en tierra, besó la primera grada y se fué á su asiento. Para la virreina y su hija mandó hacer el Cabildo una hermosa tribuna, que se estrenó ese día.

Antes de celebrar la misa bendijo el Deán las velas, como es costumbre en la fiesta de la Candelaria, y las repartió al Virrey, convidados y asistentes, dilatando en esta ceremonia larguísimo tiempo, en virtud del crecido número de clérigos que con sobrepelliz asistieron á la fiesta; en seguida se ordenó la procesión, que por ser formada de tan crecido número de personas, largo tiempo tardó en pasar; rodeó la iglesia por dentro y terminó en el Sagrario. Mientras la procesión se hacía, descubrieron al Santísimo Sacramento, que se había tenido oculto para evitar desacatos; cuando los concurrentes hubieron vuelto á sus asientos, comenzaron las misas.

Tuvo de muy particular la función de la iglesia ese día, que se celebraron simultáneamente cuatro misas, una en cada uno de los cuatro altares que forman el mayor, circundando el tabernáculo; fueron los prestes cuatro de las dignidades de la misma iglesia, en el orden siguiente: la de la ara del frente, que es la principal, la cantó el Deán, Dr. D. Alonso de Cuevas y Dávalos, y fué dedicada á la Purificación de la Virgen Madre, cuya fiesta era; celebró la del lado de la Epístola el Arcediano Dr. D. Juan Poblete, á la dedicación del templo, que era la solemnidad del día; desempeñó la tercera, en el altar de la espalda, el Chantre D. Pedro Barrientos, en honor del Santísimo Sacramento, que ese día fué colocado en su nuevo altar; quedó la cuarta ara, del lado del Evangelio, al dignidad tesorero, D. Nicolás Sobremonte, fué dedicada su misa á la Virgen María en su gloriosa Asunción, que es la titular del templo. Para officiar estas misas se dividió el coro en cuatro trozos, colocados: el uno en su propio lugar, otro en la capilla del Santo Cristo, el tercero en la de los Reyes y el último en la de San Felipe de Jesús. Para evitar la confusión que podría haber, se dispuso que los cuatro celebrantes comenzaran su introito al mismo tiempo, y después, para el *Dominus vobiscum, gloria, epístola* y demás ceremonias siguientes, esperaran todos la voz del Deán; las cuatro capillas, igualmente, se pusieron acordes.

La solemnidad del día llamaba al púlpito nada menos que al Cánónigo Magistral, que lo era el Dr. y Maestro D. Esteban Beltrán de Alzate, quien le desempeñó; encargándose sucesivamente de los cuatro asuntos á que se consagraron las misas. Su sermón, dedicado al Sr. D. Felipe IV, fué impreso en México por la viuda de